Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 20

La iberoidad y la calidad (Lectio brevis)

Vergara, Luis

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/535

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

LECTIO BREVIS
LA IBEROIDAD Y LA CALIDAD*

Luis Vergara

Ernesto Meneses, S. J. (1915–2001)
in memoriam

Como lo ha explicado el gran filósofo contemporáneo francés Paul Ricœur, los orígenes son siempre míticos y los comienzos siempre históricos. Los orígenes de la Universidad Iberoamericana se pueden llevar tan atrás como se quiera; su comienzo tuvo lugar el 7 de marzo de 1943 con el inicio de las operaciones del Centro Cultural Universitario, conformado entonces por una única escuela de filosofía que contaba con trece alumnos y ocho profesores. En el transcurso de una década se fundaron otras seis carreras: Letras Españolas, Ingeniería Química, Química, Química Farmacobiológica, estas tres últimas constituyendo la Escuela Berzelius, Psicología y Derecho. Varias de las nuevas carreras tuvieron que ser ofrecidas en localidades distintas a la casa que ocupaba el Centro Cultural Universitario, por las limitaciones que en materia de espacio presentaba ese inmueble. En 1952 se intentó una primera concentración de todas las escuelas en las instalaciones del Colegio Franco Español en la avenida Insurgentes, y en 1954 se constituyó la Universidad Iberoamericana, Asociación Civil. En 1962 se estrenaron las instalaciones situadas en la colonia Campestre Churubusco, y el 31 de julio de 1968, 25 años después de la fundación del Centro Cultural Universitario, se promulgó el Ideario de la institución.

* Texto leído durante la Ceremonia Anual de Inauguración de Cursos de la Universidad Iberoamericana Puebla (antes Golfo Centro), 24 de agosto de 2001.

Un mes antes había sido designado rector (interino) el doctor Ernesto Meneses Morales. Con la promulgación del Ideario alcanzó su culminación y se cerró una etapa en la vida de la Universidad, al tiempo que con el rectorado del doctor Meneses se iniciaba otra. El Ideario fue el legado de una época a la otra.

Durante la gestión del padre Meneses como rector se constituyó el Senado Universitario como máximo órgano de gobierno, en sustitución de la antigua Junta de Gobierno; los estudios impartidos por nuestra Universidad obtuvieron el Reconocimiento de Validez Oficial por parte de la Secretaría de Educación Pública; se llevó a cabo la Reforma Académica en la que la Universidad se estructuró en términos de departamentos en lugar de escuelas y facultades; se establecieron los comités académicos; se promulgaron las primeras versiones del Estatuto Orgánico, de la Misión, de la Prospectiva y de la mayoría de los reglamentos que norman el funcionamiento de la institución; se obtuvo la admisión de nuestra Universidad en la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Educación Superior; se crearon unidades específicas para la planeación y la investigación institucionales, y para la dirección general y el fomento de los estudios de posgrado y la investigación; se constituyó, con el beneplácito e incluso con el apoyo del rector, la Asociación de Profesores e Investigadores. Muchas otras realizaciones de este orden –muchísimas– podría, y tal vez debería, enumerar ahora. Prefiero no hacerlo y aprovechar para otros propósitos el limitado tiempo del que dispongo.

Fue durante la gestión del padre Meneses –y en mucho debido a ella– cuando en la Universidad Iberoamericana se consolidó en los hechos un modo específico de ser universidad y de ser universitario. Muchos años más tarde el doctor José María García habría de acuñar el término *iberoidad* para hacer referencia a este modo de ser. Esta *iberoidad* se conforma, entre otras cosas, por un conjunto de valores realmente vividos comunitariamente en la Universidad y que en conjunto constituyen algo cercano al Ideario material de la misma. Algunos de estos valores son el respeto a la dignidad de toda persona, la libertad para el pensar y, sobre todo, para expresar lo pensado, el espíritu comunitario, la solidaridad, la verdad, la justicia y la participación democrática en la toma de decisiones de toda índole que afecten al grupo.

A fin de cuentas, la *iberoidad* viene a ser una *tradición*, entendiendo por esto un proceso complejo resultado de la composición permanente de dos subprocesos que a primera vista pudieran antojarse antagónicos: sedimentación e innovación. El Ideario institucional formal, el promulgado en 1968, es un momento destacado –y bajo muchos conceptos un momento de arranque– de este proceso, que conserva toda su vigencia como símbolo que inspira y confiere identidad, símbolo sin el cual el proceso todo se desbarataría. Lo que me he atrevido a llamar Ideario material es su realización y expresión en las prácticas concretas.

Al surgir, entre 1978 y 1983, los nuevos planteles de la Universidad Iberoamericana –Golfo Centro fue el último– la *iberoidad* se convirtió en su cultura comunitaria de manera muy natural; porque la llevaron consigo quienes fueron designados para dirigirlos, pero sobre todo porque el anhelo de los promotores de sus establecimientos y la expectativa de sus alumnos era precisamente eso: una institución de educación superior con *iberoidad*, vale decir una institución de educación superior que funcionara y en la que se viviera conforme al modelo consolidado durante la gestión como rector del padre Meneses. En este aspecto, los nuevos planteles contaban con ventajas con respecto al de la Ciudad de México: comenzaban de la nada, es decir, sin arrastrar ningún lastre, y con el entusiasmo propio –aunque también con la ingenuidad e inocencia del caso– de todo lo que se inicia. Así, por ejemplo, en León se instauró desde un principio un sistema departamental mucho más consolidado –en la teoría y en la práctica– que el que se tenía en México, donde cinco años antes las antiguas escuelas simplemente se habían transformado en los nuevos departamentos y los antiguos directores de escuelas pasaron a ser, sin solución de continuidad, directores de los departamentos. Al paso del tiempo –un lapso bastante largo, hay que decirlo– este esquema más puro instaurado en León tuvo que hacer concesiones a las consideraciones financieras y de gestión, que siempre lo habían presionado para que se simplificara.

No tengo inconveniente en reconocer que en todas las muchas ocasiones en las que he tenido la oportunidad de acudir a alguno de los planteles de provincia me he sentido en un ambiente más *ibérico* que el de mi propio plantel (se entenderá, estoy seguro, el sentido con el

que empleo el término). En esas ocasiones experimento, en concreto, la paradójica sensación de regresar al ambiente de fraternidad en el que laborábamos en el plantel de México hace unas dos décadas, al tiempo que me veo rodeado de los recursos tecnológicos y de los estilos del vestir característicos del inicio del siglo XXI.

En cualquier caso, la *iberoidad* de cada plantel evolucionó a su propio ritmo –más conservador o más innovador– y adquiriendo coloraciones y acentos específicos. Así, hoy día es posible constatar atmósferas distintas en planteles diferentes, aunque en todos ellos son claramente perceptibles los rasgos fundamentales de la *iberoidad.*

Al tiempo que evolucionaba en cada uno de los planteles su expresión específica de la *iberoidad*, evolucionaban también –y muy rápidamente– el mundo en general y México en particular. Para constatarlo sólo hay que recordar los sucesos de hace aproximadamente 25 años –cuando concluyó la gestión como rector del padre Meneses– y comparar esos recuerdos con las realidades en las que ahora vivimos. Estos cambios significaron para la *iberoidad* –o, mejor, para las cinco *iberoidades* concretas– oportunidades y riesgos, estímulos y presiones, en fin, retos notables a los que había que responder. Entre estos últimos destacan de manera especial las exigencias del medio de altos niveles de calidad y productividad académicas, y mayor eficiencia administrativa. De hecho esta evolución del contexto, en su interacción con las dinámicas internas de cada plantel, es el principal factor que explica las trayectorias evolutivas seguidas por la *iberoidad.*

Quienes hemos tenido la fortuna de convivir y trabajar por largo tiempo en un plantel de la Universidad Iberoamericana sabemos bien que nuestro modo propio de ser universidad –no es accidental el sabor jesuítico de la expresión– es parte esencial de nuestra aportación a la sociedad, aportación que con razón se reconoce, interna y externamente, como de enorme valor. Es por ello que con gran celo lo cultivamos, lo anunciamos y nos esforzamos en vivirlo con la mayor intensidad posible; al mismo tiempo, reconocemos la necesidad de brindar apropiada respuesta a las exigencias insoslayables de calidad, productividad y eficiencia. De hecho nos identificamos con ellas y tenemos presente que la pretensión de un nivel de excelencia académica figura explícitamente en el Ideario.

Ahora bien, en una Universidad Iberoamericana, calidad sin *iberoidad* es literalmente un contrasentido, una exaltación del medio sin atención al fin. Pero *iberoidad* sin calidad puede ser algo aun peor; puede significar, en efecto, un desprestigio de los valores humanos que nos son tan caros y –más importante aún– de la inspiración cristiana que constituyen en última instancia la razón de ser de la Ibero.

La conclusión es evidente: estamos llamados a conciliar el cultivo de nuestro modo propio de ser universitarios con la satisfacción de las exigencias de calidad y productividad académicas y de eficiencia administrativa que formula el entorno, exigencias quizá superiores a las que en el pasado conocíamos, pero que a fin de cuentas constituyen también demandas apremiantes de nuestras propias conciencias. Más aún, no se trata simplemente de conciliar unas y otras demandas, sino de hacer que de manera recíproca la satisfacción de unas refuerce la de las otras; pero esto, que conceptualmente parece muy sencillo, puede no serlo tanto en la práctica. Existe, en concreto, el riesgo de que lo que debiera ser un proceso permanente de conciliación se convierta en un conflicto que devenga en una comunidad fracturada, eventualmente polifracturada, que se transforme en unos cuantos grupos, cada uno de ellos proclamándose defensor de la verdad y de la virtud, rodeados de una gran masa de empleados y alumnos indiferentes a toda idea de proyecto institucional.

El mejor antídoto contra esta separación y eventual enfrentamiento de visiones es, curiosamente, la existencia de una auténtica comunidad cuya cohesión deriva de la realización cotidiana de un proyecto institucional claro, compartido, y la vivencia en común de un estilo propio en lo referente a las relaciones interpersonales (en algún tiempo acostumbrábamos decir, por ejemplo, que entre nosotros las relaciones interpersonales tenían prioridad con respecto a las funcionales). La intensidad de la participación de los miembros de una comunidad de este tipo es de densidad variable: desde la de los muy comprometidos en las ideas y las acciones con el proyecto compartido hasta los casi indiferentes a él. Se trata siempre de una elección personal, y una función importante de la universidad es estimular en cada uno de sus miembros la reflexión que conduzca a una toma de posición al respecto, sea ésta la que fuere. En una comunidad así, la densidad de la participación, esto

es, de la identificación en los hechos con el proyecto institucional, se encuentra de modo natural correlacionada con la identificación con la institución misma. Los empleados de todo tipo tenderán a sentir más que trabajan *en* la Universidad que *para* ella, en razón de que tenderán, con buenas razones, a saberse *pertenecientes* a ella. Una vida institucional comunitaria de este tipo contrasta con un modo de funcionar –al que deliberadamente omitiré poner un nombre– en el que los empleados saben que trabajan *para* la Universidad, que es una entidad distinta de ellos, a la que prestan sus servicios recibiendo un sueldo a cambio. En el contexto de este otro modo de funcionar es posible un verdadero conflicto entre empleados y universidad (o entre alumnos e institución educativa), a diferencia del primero, donde es más difícil que se presente (aunque pueda haber huelgas, que podrían ser conflictos *intrauniversitarios* acontecidos sobre una base de unidad).

A mi parecer, de nueva cuenta los planteles de provincia tienen ventajas notables sobre el de Santa Fe en relación con estos asuntos tan importantes. Este de Golfo Centro (Puebla), en particular, presenta décadas de retraso con respecto al de Santa Fe en los procesos de burocratización, rigidez y despersonalización. Por ello pienso que es de esperarse que aquí sea mucho más natural y menos difícil el proceso de la realización de la *iberoidad*, de la herencia institucional del padre Meneses, satisfaciendo al mismo tiempo las crecientes demandas de calidad, productividad y eficiencia que plantea el entorno, de lo que ha sido en Santa Fe, donde, en mi opinión, el resultado es todavía incierto en varios sentidos.

El pasado 19 de marzo falleció el padre Meneses, a los 85 años de edad. Ese acontecimiento, motivo de enorme tristeza para todos los que lo conocíamos y queríamos, no tuvo nada de trágico. Desde varios meses antes, al menos, ante las evidencias íbamos haciéndonos a la idea de que su ciclo de vida llegaba a su término. Trágico sería, en cambio, que en alguno de los planteles de la Universidad Iberoamericana llegara a prevalecer la calidad sin la *iberoidad* o la *iberoidad* sin la calidad.

Ya que se me ha dado la oportunidad de dirigirles la palabra en esta ceremonia de inauguración de cursos, honor que valoro y agradezco profundamente, me atreveré a formular una respetuosa sugerencia: aprovéchese esta ocasión para reafirmar el propósito de que en la Uni-

versidad Iberoamericana Golfo Centro nuestro modo propio de ser universidad, la calidad y la productividad académicas se realizarán y se robustecerán en un proceso comunitario permanente de refuerzo recíproco explícitamente asumido.

En unos momentos los aquí presentes tendremos el gusto de presenciar la entrega de premios a miembros de esta comunidad –alumnos y profesores– que han destacado en el desempeño de sus actividades académicas. Mi apuesta sería que ustedes que los conocen bien pueden encontrar en ellos la prueba viva de que lo que he sugerido es perfectamente posible.